



LAS PUERTAS DEL INFIERNO

OSCAR COLLAZOS

138



NO SE mueva tanto, maricón, le dice Pichita a Trabuco y Trabuco que no me estoy moviendo, déjese usted de mariconadas, ya está muy grande, y Rolo sacude el pesado enjambre de periódicos y se los echa encima, acurrucándose, reduciéndose a una especie de cuerpo redondeado por el frío de la Carrera Séptima y Trabuco dice que anoche vio estrellas y un cohete cruzando por los cerros con una cola de fuego y se sintió volando y fue hasta la casa de su padre, entró por la ventana y lo vio, borracho como siempre, entre los costales de papa y a su madrastra también doblegada de la juma, dormida de la perra, diciendo qué puta es la vida y entonces cuando estuvo frente a él le dijo que dejara de estarse quejando, toda la vida no ha hecho sino chillar como mujercita, viejo cabrón, y entonces había vuelto a salir volando por la ventana, por sobre los techos del Sur y había regresado en segundos, vuelto a ver la cola del cohete que ahora parecía un cometa con un enorme letrero que anunciaba la llegada de Papa. Pichita le dijo que eso era por haber bebido tanta gasolina, que era como la marihuana y Trabuco le corrigió diciendo: la gasolina es mejor que la marihuana, pruébala para que veas y Rolo seguía encogiéndose, castañeando los dientes. Déjense de hablar tanta paja y duérmanse que mañana llega el Papa, no ven que Carasucia se durmió y está roncando hace una hora y Carasucia ni se mosqueaba, ni se movía, estaba recostado sobre la pared, envuelto en una cobija de cartón, cuando en esas le dio a Trabuco por pincharle las nalgas con una aguja y Carasucia pega un brinco diciendo ¿quién fue el hijo de la gran puta que me pinchó? y le tiró los cartones en la cara, se paró desafiante, pegando gritos, a ver quién fue el malparido que me despertó y Rolo echó a reírse diciéndole que había sido la llegada del Papa, no ves que mañana van a recogernos a todos, pero Carasucia sacó una gillette, la acomodó entre la ranura de dos dedos y empezó a blandirla ¿por qué no fueron a pincharle la raíta a su putica madre? y entonces Trabuco dio un salto, con otro grillete entre los dedos, y le dijo que con la madre sí que no, y Carasucia dijo que con la madre, el padre y su abuela sí que sí y le tiró el primer lance a la cara, rozándole una mejilla, y el segundo el cuello, peinándole una oreja, y el tercero en el mentón, aireándole la punta, y Trabuco le dio el primero en un brazo cuando empezó a brotar un chorrito de sangre y entró en juego Rolo y agarró a Carasucia en una Doble-Nélsón, lo dejó apresado en la llave que había aprendido en el circo cuando el *macht* Tigre Colombiano v.s. King Kong, con relevo, y entonces Carasucia vio la sangre y dijo que lo dejaran secarse y no es nada, dijo Trabuco, tirando al suelo la hoja de afeitar y arrancándose un pedazo de camisa, déjeme lo curo para que vaya aprendiendo a no ser braverito y entonces Carasucia eche y eche madrazos, no me agarren que lo voy a marcar en la cara para que se acuerde de su mamita toda la vida y Trabuco, sentado, se reía, ríese y ríese con su tremenda risa jacarandosa, no es sino pura bulla, y ahí lo fueron atendiendo, porque después el frío de las tres de la madrugada sobre Bogotá, sobre la Carrera Séptima, y los cuatro muchachos volvieron a recoger los cartones y periódicos, a acomodarse, ahora despiertos, porque Trabuco dijo que cada vez que quisieran volar fueran a sacar gasolina de los carros, no es sino tomarse dos o tres sorbitos y la traba se viene, tremenda nota se agarra, y Rolo dijo que mejor y menos complicado era una tocadita de yerba, dos pesos el cigarrillo y sin complicaciones, nada de líos con la policía, la chotha no sabe dónde la venden y si lo saben se hacen los disimulados

y Trabuco dijo que no, es mejor con la gasolina, yo que les digo, y Pichita, que estaba tranquilo, adormilado, dijo que dos botellas de chicha y no sólo se vuela, uno se pone ahí mismo a roncar, no se siente el puto frío, no se sentiría el puto frío atravesándoles los huesos, hasta dicen que es alimento, pero todos se echaron a reir, la chicha es para los borrachitos, eso es para los piperos, pero entonces vino Trabuco, siempre sabía que por ser el mayor, doce años y cinco de gaminería sirven para la voz cantante, la-vaca-que-más-caga, el Jefe, y entonces dijo: Ga-so-li-na, esa es la onda y no es sino levantarse una man-guera, cargarla en el bolsillo, acercarse al Ford, sacarle la tapa (después la vendemos, je je) y uno, dos, tres sorbitos y estuvo, después dos pastillas de Mejoral y usted se pone en onda, se engrifa, como en película. Y todos se quedaron callados porque era Trabuco el que hablaba, Trabuco-el-Grande, Trabuco-el-manda-más, Trabuco-el-sábelotodo, Trabuco-el-duro, el caimán. Y Rolo dijo sí, y Pichita cómo no, y Carasucia chévere y hubo un largo silencio, como si empezaran a dormirse y Rolo lo acompañó diciendo ¡Ay Jalisco no te rajes!, y Carasucia dejen dormir, carajo, y hubo otro silencio. Trabuco propuso que contaran quién le había tocado el rabo a más mujeres y Pichita dijo que él, hoy perseguí a una gringa, le dije: Mamacita, deme un beso y la gringa me dijo en gringo que no, y entonces, cuando está subiéndose al taxi, entonces estiro la mano, calibre, le subo las naguas y le agarro una nalga diciéndole qué duras las tiene usted gringa putica monita y la gringa ni se mosquea ni grita y entonces le digo como que le quedó gustando, y un tipo de chaleco, un cachaco maricón me dice: Chino grosero, chino maleriado, chino asqueroso, qué irán a decir los turistas, y yo le digo que se meta la lengua en el culo y salgo a correr porque ahí ya venían los tombos. Luego Trabuco dice que eso no es nada, hay que hacerlo cuando la hembra va con su *man*, agarrada del brazo parapí parapá parapí piripá, y Carasucia cuenta que es mejor cuando van saliendo de misa, pañoletí pañoletá, rece y recé rezá, ir detrasito de ellas y en el momento menos pensado trás trás trás, tres cuatro culitos de una manotada y los cuatro niños se echan a reir y Trabuco dice que el frío es del carajo y se envuelve en los cartones de Carasucia que ahora trata de quitárselos de encima, pero Trabuco le recuerda su herida, ándese con cuidado hermano, no se olviden que soy el Jefe, y Carasucia: me importa un carajo que sea el jefe si yo fui el que los consiguió y Trabuco remata: Nadie sabe para quién trabaja, y otra vez vuelven a reirse los tres, porque Carasucia no se ríe, se queda en silencio, con la frente arrugada, mirando a Trabuco que ya está entre los cartones, ocupando el rincón menos frío de la acera, diciendo: Mañana hay que perderse, darse el ancho, porque con la venida del Papa nos está recogiendo a todos. Y Pichita dice que se imagina al Papa inflado como un globo, de esos que a veces se revientan cuando apenas se les está prendiendo la mecha y no alcanzan a subir más allá de los techos, y Carasucia sale de su silencio agregando que el Papa es capaz de volar y hacer milagros, eso dicen. Pero Trabuco agrega que el Papa no vuela sino que camina sobre las aguas. Y Pichita: vuela y camina sobre las aguas, por eso dicen que es Santo, el Santo Padre (agrega Rolo) y Trabuco: si los curas se enhebran a las mujeres, si se las tiran en la sacristía, el Papa con más razón, y eso sí que no es ser santo. Rolo dice que dejen la vaina, quién sabe si es Santo. Y todos ríen. Santo el Enmascarado de Plata, dice Trabuco. Qué santo va a ser, eso es pura joda. Y Pichita dice que el domingo cumple nueve años, hay que robarse un pastel, una orquesta y una casa y mil velas para llegar a viejo, para apagarlas con gasolina y Trabuco se mueve, no le hace gracia el chiste. Ahora están arraci-

mados, uno sobre el otro, cuando Carasucia empieza a roncar y Trabuco advierte que no lo jodan, le sigue saliendo sangre, y ya están bostezando los tres, llevándose las manos a la boca, encogiéndose en el pedazo de acera, bajo el minúsculo techo del edificio, y es Rolo el primero en oír una sirena de la radiopatrulla y de un tirón los despierta, los desacomoda y con los cartones y periódicos bajo el brazo bajan por la Calle Diecinueve, se pierden hacia la Carrera Octava: gritan: Corran que nos encanan, y Trabuco va muerto de la risa. Carasucia meado del susto, Rolo jalándolo del brazo para que no se caiga dormido como va el pobre y Pichita subiéndose los pantalones que se le caen, hasta que dejan de oír el aullido de la sirena y se detienen en la Carrera Décima, respirando hondo, largando el vaho frío y humeante de las cuatro de la mañana. Se tiran al suelo, resoplando, Rolo casi ahogándose y Trabuco tranquilo como un egipcio, jaeténdose de su serenidad, cabrones de mierda, cuando suena una sirena es porque van a un incendio, no van a andar buscándonos con sirenas. Y Rolo dice: a mí no me agarran ni porque llegue el Putas y Trabuco corrige: ni por que llegue el Papa y Carasucia, algo acongojado, se echa sobre el rincón, vuelve a bostezar, cierra los ojos y trata de dormirse. Ya es de día, dice Trabuco y la claridad empieza a aparecer sobre el Cerro de Monserrate, mezclada con la bruma y el destello de los avisos luminosos. Trabuco se mete la mano en un bolsillo, rascándose con insistencia y Pichita le dice que le pegaron piojos y Trabuco le contesta: Si quieres me los saco para que te hagas unos huevos pericos y Pichita bromea: pericos-de-piojos, pericos-de-chatos-con-salsa-de-huevos. No vamos a dejar a Carasucia aquí, dice Trabuco, mirándole la herida, que ya ha dejado de sangrar. Lo sacude, levántate que ya es de día, y Carasucia está hablando dormido: el Papa vuela, atraviesa las aguas sin mojarse, es grande y redondo como un globo, vuela sobre los techos con la lucecita, de los globos encendida en la espalda, el Papa atraviesa las aguas llevado por el viento y ya está haciendo trampa el cabrón, lo están oyendo, y Rolo trata de levantarse en el aire, hace que vuela con los brazos abiertos, impartiendo bendiciones con un gorro papal de periódicos que Pichita le ha hecho, convertido en edecán, vuela sobre los techos de la Carrera Séptima y Trabuco grita que se baje, de un momento a otro el globo se quema, se revienta, se vuelve mierda, y vas a caer despaturrado por el suelo, y Pichita baja, descendiéndole suavemente, planea como un pájaro, como un cuervo, va a sentarse al lado de Carasucia, lo sacude, pero como no despierta, le da una patada, gritándole: Despiértate Señor Papa y el Señor Papa se despierta aturdido, ¿dónde estoy? y Trabuco le dice que en el Bati-Cano, vete al carajo, y Trabuco, acomodándose el pantalón, bosteza con fuerza, como si largara toda la noche en su bostezo. Ya es de día, dice Trabuco y Pichita también bosteza y Rolo dice que las tripas ya formaron su orquesta, mientras se acuerda del sueño de anoche: Estaba sentado al lado del Papa y le levantaba la sotana, se metía dentro de ella y empezaba a rascarle los muslos, a hacerle cosquillas en la entrepierna, y el Papa le decía, chino malerado, chino grosero, te vas a ir derecho al infierno y se reía, no paraba de reírse, el Papa riéndose papalmente y él perdido en los interiores de seda del Papa, zás, cás, zas, empezaba a darle golpecitos en la barriga y el Papa: Jé Jé, trataba de acomodarse en la silla, de poner en orden sus ropas, de volver a estar en condiciones de una bendición papal. Hoy viene el papa, a esconderse todos, dijo Trabuco, lo mejor es pegar para el Sur, allá no irá ni de vaina, y Rolo aprueba, y Carasucia tirando los periódicos— vé venir un taxi, detenerse en el semáforo, y corre a sentarse en el parachoques trasero, gritando: Nos vemos en el Sur, en el

parque de Las Cruces y Trabuco corre también, se sienta a su lado, nos vemos en Las Cruces, y Pichita trata de alcanzar el taxi que acaba de arrancar, logra prenderse de la mano de Trabuco, corre, se escurren sus dedos cuando ya el carro toma velocidad, se estrella contra el suelo, ya se rompió la mula por bruto, grita Carasucia mientras ve que el cuerpo de Pichita es sorprendido por el carro siguiente: Ya están demasiado lejos de él para decirse, cuando ya la luz del día es plena, no joda, ya lo mataron: Carasucia sólo siente que Trabuco lo habla de la camisa y ve que el rostro de su amigo empieza a ponerse más pálido.

142

